

foria, pero el trabajo de Clavigero es una síntesis que omite infinidad de detalles que sólo nos da del Barco. También existe otro libro impreso, el del padre Baegert, que corrige y complementa lo de Burriel, pero Baegert estuvo en la península menos tiempo que del Barco y logró ver sólo una pequeña parte de ella. Del Barco, en cambio, era visitador de todas las misiones, y su punto de vista es al mismo tiempo más agudo y menos bilioso que el de Baegert. La contribución más original de del Barco está en la etnología y la filología de los cochimíes, la "nación" que ocupaba el gran desierto central. Con los datos que él proporciona, se tendrá que corregir el mapa lingüístico de la Baja California y revisar algunas de nuestras ideas sobre las fundaciones jesuíticas.

El Dr. León-Portilla ha hecho de un manuscrito bastante confuso en su forma de presentación, un libro que se puede consultar con facilidad y hasta leer con agrado, agregándole notas inteligentes, otros documentos análogos, y un índice. Sólo es de lamentar el número excesivo de errores tipográficos.

Peter GERHARD

Aurelio DE LOS REYES: *Los orígenes del cine en México*. México, UNAM, 1973 196 pp. [Cuadernos de cine, 21].

La historia del cine se codea con la de la creación estética —la historia del arte *strictu sensu*—, la de la técnica y la social. A ésta cada quien puede añadirle, según su gusto, todo tipo de cuestiones políticas y económicas. La historia del cine en México en sus primeros años, desde su luminosa llegada en 1896 hasta la vuelta del siglo, es no sólo un pedazo de la historia del cine (obvio), sino una porción de la historia de México (obvio también, pero a menudo mal entendido).

Ese pedazo de la historia de México no es pura y llanamente el cine, puesto que la historia del cine no concierne exclusivamente al susodicho cine. Es un pedazo, por cierto nada despreciable, de la historia del arte, de la ciencia y de la sociedad mexicanas. Insisto en esto para llamar la atención a los circunspectos lectores de *Historia Mexicana* que no se sientan atraídos al excelente y breve libro de Aurelio de los Reyes, creyendo que es un

libro que habla "de cine". La cubierta hace pensar que el contenido es una divertida crónica como la reciente de Luis Reyes de la Maza, *Cien años de teatro en México*. Pero si bien *Los orígenes del cine en México* no carece de algunos rasgos de ese tipo, no son sino a guisa de ilustración de un tema mucho más complejo.

Introducido en la República en 1896 —muy poco después de su invención— el cinematógrafo encontró una gran acogida en una sociedad sedienta de diversiones y de admiraciones. Nuevas y más sanas diversiones prometían ser la cura de muchos males sociales, como la delincuencia y el suicidio, que eran muy frecuentes. Y en materia de admiraciones, la gente de las ciudades y otras poblaciones no se hacía de rogar para maravillarse de cuanto invento novedoso hacía su aparición en esa época de fe ciega en la ciencia y el progreso.

Por otra parte, el cine fue acogido por la crema y nata de la sociedad porfiriana como un espectáculo de la mejor clase. Sin embargo, perdió mucho de su exclusividad, y con ello mucho de su buen nombre, al convertirse en espectáculo de masas y llegar prácticamente a todos los niveles, bien recibido en casi todas partes precisamente por lo positivo que resultaba como medio de comunicación y de diversión.

Este paso de la acogida aristocrática a la acogida popular, bien detallado, constituye uno de los temas centrales del libro de De los Reyes. Pero no el único. Otro es el desarrollo del cine como empresa comercial; otro es el del impacto que causaron las diversas novedades contemporáneas, como el fonógrafo y la bicicleta; y uno más, de gran importancia, el del nacimiento de un cine mexicano con sus propias características.

De los Reyes sostiene que el mexicano esperaba del cine una fiel representación de la realidad, una posibilidad de entrar en contacto con el mundo. Paralelamente, por su propio camino, los pintores trataban de lograr en sus lienzos la representación más precisa posible de la realidad. El cine venía a ser, al igual que la fotografía, el vehículo ideal. Malo fue cuando se vio que el cine también podía mentir, filmando actores que representasen a Dreyfus o a Juana de Arco. "¿Cómo era posible ver a Juana de Arco viva si tenía cientos de años muerta?" Si el cine como invento y como "ventana al mundo" había sido bien recibido en los mejores círculos, el cine como teatro no, y esto se unió a su popularización entre el pueblo bajo para dejarlo aun más desprestigiado.

Sin embargo se aceptó que el cine fuera para todos —aunque

cada quien asistiera a su sala "predilecta"— y se continuó haciendo películas en busca de un género que satisficiera las exigencias de un público poco convencido de las virtudes del cine. Se lanzaron los productores mexicanos por el camino del documental y del testimonio pictórico. "Creemos no equivocarnos —dice el autor— si concluimos que la aportación de México a la cinematografía universal es este cine de carácter documental, apegado fielmente a la realidad, sin juicio crítico y que trataba de mostrar la verdad de los hechos."

Advertí arriba que *Los orígenes del cine en México* no es un libro "de cine". ¿Es entonces un libro de historia? En realidad se trata de un análisis de varios de los aspectos de una sociedad —diversiones, arte, ciencia, moralidad, progreso, desarrollo urbano— donde el momento y el período tratados imponen una dimensión histórica. En cuanto al cine y las circunstancias concretas en que se desarrolla, entendidos como expresión de esos variados aspectos de la sociedad, el autor ve en capítulos separados el progreso y las diversiones, la "cara" y la "cruz", la caída y la expansión. Cada capítulo es, en realidad, un artículo, y prácticamente en todos se va al primer momento —1896— para de ahí desarrollar una más o menos consciente narración que va a desembocar en el último momento —1900. Cronológicamente, se superponen todos. Es difícil lograr una obra de historia con semejante método. Cierto que una sólida base documental, principalmente hemerográfica fundamenta las aportaciones del libro de Aurelio de los Reyes frente a la más meticulosa crítica externa. Pero saldrá mal parado si lo enfrentamos a una crítica que cuestione si lo que dice y pretende demostrar está debidamente explicado de modo que las causas lleven a sus efectos y el orden en que las cosas se analizan corresponda a una ordenación real de los hechos. En otras palabras, carece de estructura global que haga del conjunto de la obra un ejemplo de historiografía científicamente construida.

El capítulo ix, por ejemplo ("Lo yankee, lo francés y la inventiva nacional") parece tener como propósito distinguir las cualidades de los distintos aparatos y las distintas técnicas cinematográficas, mexicanas inclusive. Pero al meditarlo el lector (al menos aquel que empezó a leer el libro por el principio) se da cuenta de que hay en él datos y observaciones que vienen a resultar la explicación de fenómenos estudiados anteriormente. En el de la competencia, de que se habló en el capítulo vi, ya algo se había dicho de que el hecho de ser francés ayudó al Cinematógrafo de

Lumiere a ganarle la partida al de Edison, pero la preferencia por lo francés aún no estaba explicada debidamente a esas alturas del libro.

Por otra parte, el capítulo tercero ("El progreso") es un capítulo abandonado. Relata la acogida que se dio a cosas como la luz eléctrica y el propio cine. La admiración por lo yankee debiera tratarse allí, pues va a tener su peso en el desarrollo de algunos aspectos del cine, y resulta en ese lugar perfectamente explicable. Pero se pospone seis capítulos. ¿Y qué clase de explicación, ilación, estructura, arquitectura o como se le quiera llamar, es la que pone después de "el fraude" y "la caída" el capítulo que relata cómo el cine "rompe fronteras"? ¿Fue el fraude y la caída lo que motivaron que el cine rompiera fronteras?

El autor se hubiera salvado de estas críticas si hubiese optado, bien por una construcción narrativo-cronológica, científicamente estructurada, que es la propiamente histórica, o por un tratamiento rigurosamente analítico de los distintos aspectos de su tema —el técnico, el social, el político, etc.— que es el propio de la ciencia social. Pero tratar de combinar los dos es, si no imposible, tampoco recomendable, a lo menos desde el punto de vista de la historia pues ninguna de las grandes obras de historia ha sido construida así.

Sin embargo merece un fallo benévolo de la musa Clío, porque logra al fin y al cabo una visión dinámica de su tema y de la historia del período que cubre. El lector se siente transportado a la época, redivivo en ella, y si bien ya una vez dentro de la misma, con tantas idas y venidas de un año a otro y con un análisis tan tajante de "cara" por aquí y "cruz" por allá la época resulta caótica, no lo será menos que la mente de muchos lectores que, por lo tanto, gozarán su lectura.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México